

Era una soleada tarde de finales de otoño. El joven Silvan se encontraba en el bosque a las afueras del poblado, junto con un pequeño grupo de amigos. Todos deseaban convertirse en un gran guerrero algún día y defender así a su pequeño poblado y a sus seres queridos. Siendo hijo de un humilde leñador, Silvan sólo sabía de los grandes guerreros lo que había escuchado en las historias que le contaban los mayores desde que era muy pequeño, pero ya desde entonces soñaba con llegar a ser el protector de la isla –el único mundo que conocía. Por ese motivo, había estado ahorrando desde que podía recordar para comprar una espada de verdad, aunque de momento sólo pudieran aspirar a combatir las alimañas que rondaban las cercanías de la aldea. Por fin, no hace mucho, el chico consiguió su primera espada auténtica, una Espada Corta, y desde entonces se ha reunido con sus compañeros cada día en la puerta noroeste de la muralla de la aldea Talking, comenzando desde ese punto su ronda rutinaria para combatir contra toda criatura que pudiera suponer una amenaza –o más bien una molestia- para los lugareños.

Había sido una buena mañana, llena de acción sin incidentes. Pasada la hora del almuerzo, como venía siendo costumbre, el grupo empezó a menguar a medida que los jóvenes fueron volviendo a casa, uno a uno. Al final solo quedaron Silvan y su buena amiga Tsukiyomi. La chica estaba agotada tras una jornada tan ajetreada, por lo que el muchacho la acompañó de nuevo al poblado y, delante de las torretas que flanqueaban la muralla en la entrada, se despidió de ella. Pero él aún no tenía ganas de regresar a casa, se sentía muy animado después de haber pasado una mañana tan emocionante. Así que dio media vuelta y volvió a alejarse de la pequeña aldea.

Después de un buen rato caminando por el bosque, mientras pensaba qué podía hacer él solo, algo llamó su atención. Más adelante, en un claro entre los árboles, podía verse una silueta. Se acercó sigilosamente y, por precaución, se ocultó entre unos arbustos: desde ahí podría observar tranquilamente sin ser descubierto. Tenía curiosidad por saber de qué o quién se trataba, pues los aldeanos no acostumbraban a adentrarse tanto en el bosque, totalmente solos.

Sin duda parecía una figura humana, cubierta por una capa y una capucha. Por la abertura de la capa asomaba un brazo pálido y delgado, de aspecto delicado, por lo que el muchacho supuso que debía de tratarse de una mujer joven. Sostenía en su mano un sencillo arco con el que estaba apuntando a un repugnante Goblin, situado a varios metros frente a ella. Cuando la flecha salió disparada, atravesó a la horrenda criatura en pleno salto justo en el momento en que pretendía atacar a la misteriosa cazadora. La mujer cogió rápidamente otra flecha del carcaj que llevaba oculto bajo la capa y apuntó en otra dirección, hacia una zona muy próxima al arbusto en el que se escondía Silvan.

Los movimientos de la arquera eran tan fluidos y gráciles que el muchacho quedó fascinado y, sin siquiera pararse a pensarlo, se movió para acercarse un poco más y poder así admirarla mejor. Por desgracia, no vio la pequeña rama que yacía a sus pies hasta que la pisó.

El chasquido alertó al último de los duendes que, viéndose totalmente sólo y acorralado, emprendió la huida esquivando por muy poco el flechazo de la cazadora. La flecha continuó su trayectoria hasta golpear fuertemente contra una roca. El impacto la hizo rebotar y, antes de que el chico pudiera reaccionar, la flecha le golpeó en la cabeza. Silvan se desplomó sobre el suelo de hojas secas.

Hikaze no podía creer lo que había ocurrido.

Hasta hace un momento estaba teniendo un día estupendo. A pesar de que acababa de llegar a la Isla Talking esa misma mañana, ya había aprendido muchas cosas sobre

los humanos, había paseado por el pueblo y, sobre todo, había podido visitar el lugar en el que se encontraban las famosas Ruinas Élficas de las que tanto había oído hablar – aunque ahora se moría de ganas de hacer una incursión a su interior-. Lilith, la única elfa que vivía en la isla, había sido muy amable con ella: había sido su guía toda la mañana, le proporcionó un lugar para vivir durante su estancia en la isla y le recomendó un buen sitio donde comer. Estaba tan contenta que, a pesar del cansancio del viaje decidió salir a explorar sola. Se llevó una agradable sorpresa al descubrir que el lugar poseía extensas zonas de caza en las que poder practicar con su arco.

Pero todo el entusiasmo y la alegría que había experimentado a lo largo del día, se habían esfumado dando paso a una horrible ansiedad desde el momento en que, tras errar el tiro, escuchó un leve quejido procedente de detrás de un frondoso arbusto: ¡había matado a un humano!

Sin saber qué hacer, la chica se aproximó y se inclinó sobre el joven humano que yacía en el suelo con una herida en la cabeza, y con voz desesperada y temblorosa dijo:

-Hey... m-muchacho... ¿e-estás bien?... Por favor... dime que estás vivo...

Tras unos angustiosos segundos el joven recuperó el conocimiento y se quedó mirándola fijamente unos instantes. Ahora estaba seguro de que se trataba de una forastera, puesto que si hubiera visto un rostro como el de ella antes, sin duda lo recordaría. Era la chica más hermosa que había visto en su vida. Su pálida piel parecía resplandecer a la luz del atardecer y los rayos del sol arrancaban destellos de los largos mechones de cabello rubio, que enmarcaban sus dulces facciones, haciéndolos brillar como si fueran de oro. De repente reparó en la expresión de preocupación en el semblante de la extranjera y, recordando lo que ella acababa de decir, le respondió:

-No... no estoy muy seguro... creo estar viendo un ángel...-No sabía porque había dicho eso, pero... pensándolo bien, a sus ojos sí que lo parecía.

Con un suspiro de alivio, la joven volvió a erguirse.

-¡Vaya! Sí que ha debido ser un buen golpe... Pero al menos estas vivo –comentó la muchacha con una mirada de perplejidad ante la extraña respuesta del chico humano, pero sonriendo a la vez.

Acto seguido, se arrodilló junto a él y le ayudó a incorporarse. Examinó un momento la herida y observó que, a pesar de la sangre, no era profunda.

Mientras ella intentaba de decidir la mejor manera de tratar aquella lesión, el muchacho no podía dejar de mirarla. Ahora se encontraba tan cerca que podía ver perfectamente sus ojos. Su color azul claro, tan cristalino como el agua, lo cautivaron de tal forma que, por extraño que pudiera parecer, apenas notaba el dolor. Sin embargo, percibía con claridad el perfume de la mujer: una dulce fragancia a flores silvestres. También podía distinguir un ligero aroma a aire de mar, seguramente debido a las largas horas de viaje en barco necesarias para llegar a la isla. ¿Desde dónde habría venido la misteriosa muchacha? ¿Había viajado sola? ¿Qué motivo podría traerle a una isla como Talking?...

-Siento haberte hecho daño, espero que no te duela demasiado... - la suave voz de Hikaze interrumpió los pensamientos del muchacho.- Ojala pudiera usar algo de magia curativa en tu herida, pero no quiero arriesgarme –dijo distraída mientras rebuscaba entre sus pertenencias.

Cuando encontró lo que estaba buscando levantó la vista hacia Silvan, que parecía algo confundido pero no parecía decidido a hablar.

-Aún no se me da muy bien este tipo de magia, no siempre soy capaz de usarla correctamente sobre mi misma. Aplicarla en otra persona es más complicado, el resultado podría ser... peor que la herida misma –explicó la chica algo avergonzada,

luego, mostrándole las vendas y los ungüentos curativos que había extraído de una bolsa bajo su capa, añadió –así que habrá que curarla con métodos más rudimentarios.

-¿Magia curativa? –se atrevió a preguntar por fin el joven, cada vez más desconcertado. –Creí que eras una cazadora. Nunca había visto a un mago usando un arco, y mucho menos de esa manera.

-Oh, no soy maga. Como te he dicho, no soy muy buena con la magia. Soy... bueno, podríamos decir que de momento sólo soy una viajera con aspiraciones de exploradora –dijo la chica, sin entrar en más detalle, mientras le aplicaba la medicina.

Silvan seguía sin entenderlo pero no insistió. Después de todo, ella era forastera, quizás las cosas fueran distintas en el continente.

-Tómame esto mientras termino de vendarte la herida –le pidió Hikaze ofreciéndole un pequeño frasco con un líquido rojo en su interior.

-¿Qué es? –inquirió Silvan examinando la pequeña botella mientras la muchacha vendaba cuidadosamente la cabeza cubierta de un alborotado cabello castaño rojizo.

-Es una poción curativa, sirve para acelerar el proceso natural de curación. -La chica se fijó entonces en la espada, el escudo y la insólita armadura que llevaba el joven y extrañada preguntó: -¿Eres un guerrero y no conoces las pociones curativas?

-Nunca las he necesitado, soy bastante bueno con el escudo, ¿sabes? Además, mi amiga Tsukiyomi es la mejor maga sanadora del mundo –se defendió el pelirrojo, que se sentía algo ofendido por la pregunta de la joven desconocida.

La muchacha advirtió el cambio de actitud del chico humano y se dio cuenta de que lo había vuelto a hacer: no pretendía herir los sentimientos de nadie, pero no podía evitar decir siempre lo que pensaba, a pesar de las posibles consecuencias. Sus seres queridos ya estaban habituados a su excesiva franqueza pero debía ser más cuidadosa con los desconocidos. No quería que el joven humano que acababa de conocer pensara que se estaba burlando de él, así que después de meditar unos segundos la respuesta de Silvan, le dedicó su más sincera sonrisa y le dijo:

-Tienes razón. Sin duda parece ser bastante fuerte y en compañía de una sanadora estas pociones pueden resultar inútiles. -Luego, mirando el brebaje aún intacto en las manos del joven, añadió con un leve tono de culpabilidad: –Pero esta no es una herida de combate sino debida a un accidente, y tu amiga no está aquí. Tendrías que ir a buscarla... La poción te aliviará mientras tanto.

Silvan asintió más relajado y algo sonriente, y bebió la pócima de un solo trago. Las palabras de la muchacha eran, sin lugar a dudas, amables y francas, pero él se habría calmado aunque ella no hubiera dicho absolutamente nada: su irresistible sonrisa habría bastado para hacerle olvidar el motivo de su enojo.

-¡Bien! Ya he acabado –dijo satisfecha la joven, y acto seguido guardó los medicamentos. A continuación se puso en pie y, tendiéndole una mano al chico, comenzó a decir: -Deja que te ayude a...

No pudo acabar la frase, súbitamente tubo el presentimiento de que algo estaba ocurriendo. De pronto notó la presión de varias miradas en su nuca. Sin apenas moverse, giró lentamente su cuerpo, lo justo para comprobar si había alguien tras ella. Estaba empezando a anochecer y no podía ver del todo bien en la oscuridad del bosque, pero creyó ver una figura oscura de gran tamaño que se abalanzaba rápidamente sobre ella. Sin previo aviso, sintió un fuerte tirón de la mano que segundos antes había ofrecido al chico. Cuando quiso darse cuenta, se encontró tumbada sobre el muchacho humano después de haber rodado varios metros por el suelo junto a él. A cierta distancia, justo en el sitio en el que ella se encontraba momentos antes, pudo ver la criatura que había intentado atacarle, mirándolos a ambos con sus brillantes ojos.

-M-me has salvado... -empezó a decir la chica, aún algo aturdida, levantando la mirada hacia los grises ojos del humano.

-No es momento de agradecimientos –dijo el muchacho sin devolverle la mirada, pues estaba observando como los compañeros de la criatura también habían empezado a moverse.

Hikaze fue entonces consciente del ajetreo a su alrededor. Los monstruos se habían aproximando velozmente y ahora les rodeaban. Los jóvenes guerreros se levantaron del suelo de inmediato, preparados para defenderse del inminente ataque.

Pasaron varios instantes en los que tanto los jóvenes como las bestias permanecieron inmóviles, cada uno estudiando a sus contrincantes e intentando prever cual sería el primer movimiento del enemigo. Ahora que aquellos monstruos estaban al descubierto frente a ellos, los muchachos pudieron identificar a sus atacantes: se trataba de una manada de hombres-lobo. Pudieron contar hasta cinco individuos.

Analizando la situación, Hikaze y Silvan parecían en desventaja. Por un lado, las bestias les superaban en número y los tenían rodeados, aunque ahora habían perdido el factor sorpresa. Los jóvenes, por otro lado, poseían sus propias armaduras y tenían cierta experiencia como guerreros. No se conocían, pero cada uno debía confiar en el otro si querían vencer, pues era la única forma de contrarrestar sus desventajas frente a aquellos seres.

Silvan confiaba en sus habilidades –no era la primera vez que luchaba contra estas criaturas- pero sabía que él sólo no tendría posibilidades contra todos ellos: necesitaba algo de apoyo. La rubia encapuchada había demostrado su valía con el arco cuando derrotó a aquel duende, pero los goblins eran criaturas débiles y estúpidas, nada que ver con los monstruos que tenían delante. El muchacho sabía de primera mano que los licántropos podían llegar a ser unas bestias muy salvajes y extremadamente violentas, con garras muy afiladas y mandíbulas capaces de hacer añicos un escudo. Empezaba a preocuparle la seguridad de la forastera, especialmente ahora que parecía desarmada. ¿Qué había sido de su arco?

Desde el mismo momento en que se vieron acorralados por los monstruos, Hikaze reparó en que no tenía su arco. Lo había dejado en el suelo cuando se arrodilló para curar la herida de Silvan, y no había tenido ocasión de recogerlo antes del ataque. Aunque ahora le inquietaba más la herida del joven humano. No había mentido cuando dijo que Silvan parecía fuerte, pero quizás no pudiera luchar en plenas facultades. Tendría que cuidar de él. Dadas las circunstancias, no sabía si lograrían salir con vida de aquel enfrentamiento, pero estaba dispuesta a dar lo mejor de sí misma para que ambos pudieran sobrevivir. Ahora no podía contar con el arco, que era su punto fuerte, pero aún le quedaban recursos. Lentamente, empuñó la daga que llevaba escondida bajo la capa, junto a su muslo derecho, y la desenfundó sin levantar sospecha...

Súbitamente, uno de aquellos seres lanzó un fuerte aullido que resonó en los tímpanos de los muchachos y, al instante, el resto de las bestias se lanzaron al ataque.

Continuará ...